

Hay un monstruo en mi casa

Agustin Hernandez



HAY UN MONSTRUO EN MI CASA

A g u s t i n
H e r n a n d e z



Capítulo 1

Hay un monstruo en mi casa

Hace unos días empezaron a escucharse llantos en mi casa. Es algo nuevo, sin embargo, es algo que no me da miedo. Vivo con mis papás y ellos me cuidan. Yo les dije que creía que había un monstruo, pero ellos me lo negaron... Así, poco a poco, el tiempo fue pasando. Todos crecimos y creo que el monstruo también creció con nosotros. Dormía al lado nuestro, estaba entre nosotros, Reía, lloraba, no hablaba y nunca lo entendí. Quizás tenía miedo de decir las cosas, pensaba. O quizá no quería contarnos que le pasaba y que hacía aquí, rodeado de humanos. Con el paso del tiempo pensé que a él los humanos le parecían monstruos.

Cuando crecimos empecé a salir con él, jugaba, reía y peleaba. En el fondo pensaba que él era malo y que todo lo que hacía lo hacía a propósito. Era, yo, tan solo un niño y el monstruo también era muy pequeño. Él creció conmigo y yo crecí con él, los dos poquito a poquito nos fuimos entendiendo.

Mis padres empezaron a creerme cuando el monstruo comenzó a manifestarse de diferentes maneras y situaciones. Sentían los golpes en sus cuerpos, rasguños en sus brazos y, a veces, a mi mamá le faltaba un poco de pelo. De todas maneras, esto último no representaba un problema para mi padre ya que poco pelo tiene.

Mi madre es una mujer valiente y temperamental, es decir, unos rasguños no podían detenerla ni frenarla nunca. Era casi como un no-miedo, o eso es lo que mostraba. Pero, ¿quién no les tiene miedo a los monstruos? Solo alguien tan valiente como mi mamá. Ojalá todos fuéramos como ella: sin miedo y sin bajar los brazos, jamás. Ella combatía a los monstruos sin problema, aunque a veces prefería que no existiesen.

Papá, por el contrario, es un tipo más bien serio y tiene tantas palabras como pelo. El prefiere el saber antes que el creer, por eso enfrentaba monstruos con la Biología, la Medicina y los libros. Buscaba explicaciones a lo que sucedía, pero no encontraba respuestas. Todos buscábamos explicaciones. Incluso asistieron curanderos, pastores y alguna que otra terapia alternativa. Ahora que lo pienso, quizá el monstruo nos había invadido por culpa de todo eso.

Retomando la historia de monstruos. Yo ya tenía un amor-odio por el monstruo y ya no le buscaba ninguna explicación, solo dejaba que simple y sencillamente suceda. Además, había avisado a todos de su existencia y habían hecho oído sordo a mis advertencias. Y esto es algo que no quedó solo en casa, luego invadió a toda la familia: abuelos, tíos, primos. Y con

el tiempo ya ninguno quería venir a casa porque había algo que los asustaba. Sentían, indudablemente, *su* presencia y sabían que algo no andaba del todo bien. Las conversaciones de mi madre y sus pares eran de especulación, algo así como:

Hija, ¿no querés que llamemos a un Pastor? Creo que deberías ver qué clase de demonios habitan esta, tu casa...

No, mamá, gracias. Yo puedo con esto... tengo que poder. ¿Acaso no soy yo la cabeza de esta casa? Cómo voy a exponer a mis hijos ante esa forma anticuada y hasta terrorífica que únicamente vemos en las películas de miedo. No mamá, a mis hijos NI LOCA.

Pero hermana, ¿estás segura? Yo voy a orar por esta casa y *tu* familia.

Mi papá siempre se ensordecía y prefería no hacer caso a esas creencias mágicas a las que él no quería acudir. "Ponéte a leer un libro mujer, trae respuestas y no profecías mágicas" decía en un tono sarcástico. Y agregaba: "sabés, mejor me voy a ir a proteger de los monstruos y fantasmas mediante la sagrada sangre de cristo" y acto seguido se descorchaba un vino.

Más pasaba el tiempo y más se hacía presente la figura de aquél monstruo que atormentaba a todos: gritos, golpes y llantos. Aunque yo cuente esto sé que seguro no me van a creer y dirán "solo pasa en las películas pasa eso", pero hasta a mí me daba miedo. De todas maneras, no nos quedó otra que acomodarnos a esta nueva vida, un poco caótica, un poco monstruosa.

Y a donde íbamos *eso* nos perseguía. Íbamos a casa de la abuela y con el allí estaba. Todos actuaban raro, hacían lo posible para que no se enojase porque era capaz de destruir hasta a el mas fuerte de la familia.

"Abuela no pasa nada" -decía yo- "mamá y papá lo controlan. Además, no hace nada si hasta yo juego con él desde que soy chiquito, aunque, bueno, algún que otro golpe y rasguño me llevé y te acostumbrás". Pero bueno, creo que a él no lo entienden. Cómo vamos a entender a los monstruos, ¿no? Creo que para hablar con él necesitamos un médium como en las películas de fantasmas, pero hasta el día de hoy no lo he probado. Por suerte en mi casa hemos normalizado a los monstruos y mi papá encontró una explicación médica para entenderlo; mi mamá lo ama tanto que no puede parar de hacer cosas para entenderlo y comunicarse con él.

Hoy en día tengo 22 años y hemos hecho de todo para poder entender y comprender... Y ahora que lo pienso siento que él solo quería estar con nosotros y los gritos que daba eran para decirnos que nos amaba y que le dolía lastimarnos, pero no encontró otra forma de comunicarse con

nosotros los humanos y eso le generaba frustración. Lo único que espero es que en el futuro inventen un traductor para monstruos. A pesar de que tuvimos un par de interpretes ninguno pudo comunicar lo que él quiso decir, ya que eran sus interpretaciones y el idioma monstruoso es más complicado que el alemán. Y aunque no lo crean él se comunicó mediante sus abrazos, sus caricias, sus risas y logramos que aprenda algunas palabras, pero claramente solo se quedó con las que más le gustaron de este mundo carnal: gaseosa, más, mamá y papá. Quién diría que pudimos enseñarle a hablar.

Vivir con un monstruo me hizo conocer que no vivimos solos y que el mundo está lleno de *ellos*, que no son malos y que solo están de paso para dejarnos una enseñanza, todavía no estoy seguro de cuál es, pero creo que es la vida en sí misma. A mí me enseñó que dan más miedo las personas que los monstruos. Él no tenía ninguna maldad y sus golpes sanan con el tiempo. De hecho, nunca me lastimó tan cruelmente como cualquier persona que conozco, al final ¿quiénes *somos* los monstruos entonces?

Hoy, aquél del que les hablo, sigue con nosotros. Habla un poco menos, pero nos entendemos un poquito más. Es mi mejor amigo, el que me escucha sin juzgarme, el que me abraza sin pensarlo y el que se ríe sin un porqué, quizá porque entiende la vida como un chiste. Ese hoy es mi mejor amigo e incluso mi hermano. Que sea diferente a mí no lo hace malo. En estos tiempos todos quieren ser *diferentes*, pero lo *distinto* les da miedo. Yo aprendí que los *distintos* no son muchos y son especiales. Enseñan, hablan poquito y se ríen mucho.